La Novela Sugestiva

ROSITA Y LOS HOMBRES

por

PEDRO MORANTE

Ilustraciones de
LOYGORRI

1

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



E quiere Rosita? ¡Qué sé yo! Si hubiese ya margaritas en los campos, interrogaría a una de ellas, a ver qué me decía.

Yo sí quiero a Rosita. Yo no tengo más remedio que quererla, porque...

El otro día se me presentó Rosita con su rósea tez chamuscada por el ardiente contacto de unas tenacillas mal dirigidas.

La dije:

—Rosita, tengo envidia de tus tenacillas.

—¿Por qué?

—Porque cuando besan, queman.

—¿Y tus labios, no, Pedrito? ¡Bobo! Tú no ves la quemadura, pero yo la siento. ¡Y muy hondo! En el alma o en el corazón. No sé. Pero, desde luego, en alguno de esos dos sitios.

¿Ven ustedes cómo, aun cuando yo no esté muy

seguro del cariño de Rosita, no tengo más remedio que quererla?

Rosita va a cumplir en el próximo mes de las flores (no tenía por menos, llamándose así, que ser en ese mes) veintitrés años. Rosita, pues, es una verdadera rosa. Ni alta ni baja. Y carnosita, muy carnosita, exquisitamente carnosita. ¡Una deliciosa pepona, en fin! Todo en ella es gracia. Hasta sus dientes, demasiado descarados, siempre en exhibición.

Yo, de Rosita, prefiero sus ojos azules (azul acero), casi siempre cargados de ternura, desbordantes de bondad, más dulces que un paisaje de la admirable tierra que la viera nacer: Asturias.

Pero Rosita es muy caprichosa. Este es su gran defecto. Y de él me vendrán todas las posibles infidelidades de Rosita.

Rosita es caprichosa y curiosilla, sí; pero, en cambio, no es hipócrita. Lo confiesa todo tal como fué, sin miedo a nada. Porque la peponcita de mi alma no sabe mentir.

Y ella me ha contado los episodios de su vida que voy a referir y cuya veracidad no admite discusión.

Verán ustedes...



Yo tenía unas ganas locas de asistir a un baile de máscaras. Pero no me atrevía. Eran muchas las resistencias que tenía que vencer. Y yo siempre he sido muy corta de genio. Sí, sí, Pedrito, no te rías. ¡Figúrate! Mi hermana Remedios, mi hermana Asunción (la «Mosquita del Cantábrico», como tú la llamas), mi hermana Irene, papá, mamá y tres hermanos varones. Todos contra mí, todos a predicarme moral, sin perjuicio de que ellos hayan hecho siempre lo que les haya dado la gana.

Pero un para mí inolvidable Carnaval...

¡Oh! Bien es verdad que fué la casualidad quien lo hizo todo.

Iba yo a cumplir ya mis veinte añitos... Mi hermana Irene, que ha gozado siempre en casa de absoluta libertad, por su enérgico carácter, te-

nía pensado ir con su novio, el domingo de Carnaval, por la noche, al baile de la Zarzuela.

¡Con cuánta envidia había yo visto, y aun ayudado en su confección, el lindísimo traje de Colombina con que pensaba Irene disfrazarse! Recuerdo que, para ver cómo me estaba, me lo puse. Y no olvidaré nunca que, encontrándome guapísima con él, me causó tanta emoción que rompí a llorar silenciosamente.

Irene me dijo:

—¿Por qué lloras, Rosita?

Yo no contesté; pero Irene, comprendiendo el porqué de mi pena, sintióse conmovida y me indicó, por decir algo, a guisa de consuelo:

—Como yo no vaya...

—¿Qué?—pregunté ávidamente.

—Quien se pone ese traje y va al baile de la Zarzuela eres tú.

Mi pena se hundió en un gran suspiro de esperanza y mi rostro se puso como nunca de encendido.

¡Y mi hermana Irene no fué al baile, porque sin duda estaba escrito así en el libro donde se inscriben de antemano las cosas de esta pícara vida!

En la mañana del domingo un fuerte resfriado, con su poquito de fiebre y todo, dió con Irene en cama.

Mi hermana no se desesperó. Abatida por la enfermedad, o resignándose al misterioso mandato

del Destino, arropóse cuanto pudo, estornudó, volvió a estornudar, tosió quejumbrosa y, cuando yo me hallara a solas con ella, me dijo:

—Esta noche, Rosita, vas a ir tú al baile en mi lugar.

Temblé, enrojecí; abrí, espantada, los ojos, ¡qué sé yo lo que hice!

—Pero ¿cómo?

—Pues muy sencillo. Como aquí, en casa, todos se acuestan a la hora de las gallinas, a media noche esto será un estupendo coro de ronquidos, como siempre. Entonces tú, valerosamente, te endosas mi disfraz y tomas el portante. En la puerta te encontrarás con Leocadio, mi novio. Como las dos tenemos el mismo tipo y casi el mismo tono de voz, te dejas conducir a la Zarzuela, y allí, si te parece, le declaras la verdad. Con que estés aquí de regreso antes de que amanezca, todo estará arreglado; nadie se dará cuenta de nada y tú habrás pasado unas cuantas horas jamón. ¿Estamos?

Tal audacia me desconcertó. ¡Yo no me sentía con fuerzas para tanto! Si un hombre por mí amado locamente me lo hubiese propuesto, me hubiese negado a ello resueltamente. Pero era mucha la sugestión que mi hermana Irene obraba sobre mí y enormes los deseos que yo tenía de ver en Madrid un baile de máscaras.

Me rebelé un poquitín, pero Irene acabó por convencerme. Y luego de un día de constante



En aquel momento se apagó la luz

anhelo, en cuanto todos se acostaron en casa, me largué a la habitación de Irene, para que me infundiese valor, y presa de una intensa emoción, estuve esperando que llegasen las once de la noche para comenzar mi *toilette* carnavalina.

En fin, mucho antes de las doce ya estaba yo dispuesta, guapísimamente dispuesta.

Irene, venciendo su malestar físico, se incorporó en el lecho y me dió dos ruidosísimos besos en mis mofletes, con lo que quiso expresar de una manera rotunda su fraternal entusiasmo.

—¡Estás preciosa, Rosita! ¡Preciosísima!

Cuando, poco después, bajaba las escaleras de mi casa, temí que mis piernas fueran a doblarse.

¡Tenía un miedo!

Pero se me pasó apenas cerré la puerta de la calle y sentí acercárseme a Leocadio.

—¡Guapa!—fué su saludo.

Yo no contesté, porque entonces el miedo que empecé a experimentar fué de otra clase. Pero luego, cuando me vi obligada a pronunciar las primeras palabras y me di cuenta de que Leocadio no me reconocía, fuí llena de una absoluta tranquilidad y comencé a gozar de la inaudita aventura.

—¿Un taxi, nena?

—No. Vamos por la calle. Me gusta ver la gente.

—Y que te vean. ¿Verdad, presumida?

—¡Con la careta puesta, mucho van a ver!

—Pues, así y todo, tienes mucho que ver.

Y fuimos despaciosos por las calles de Madrid, bastante animadas por cierto, pues la noche era deliciosa, sintiendo yo el reguero de miradas que encauzaba al pasar mi enigmática persona.

Cerca ya de la una llegamos Leocadio y yo a la Zarzuela.

Bajo disfraz y careta era yo como una novia que fuera al himeneo. Mi corazoncito temblaba en su caja como avecilla que quisiera escapar, y mi brazo se apoyaba amorosamente, en dulce presión, en el de aquel hombre que no era mío y que, tal vez por ello, de una manera oscura y taimada, me gustaba más que si me correspondiera legítimamente.

Un baile de máscaras, ¿qué es? Por lo menos aquel de la Zarzuela, en la noche carnavalina, no correspondía a lo seductor de su nombre; porque si bien es verdad que había máscaras, luz y alegría, y hasta auténticos taponazos de champán, escarbando un poquitín tan sólo se veía, más que se adivinaba, la horrible cosa: que era una feria, una descarada y obscena feria de la voluptuosidad, en que, más que el amor y la alegría y la pura sensualidad, lo que importaba era el negocio. Pues a pesar de mi inocencia y de mi absoluto desconocimiento de semejante ambiente, pronto me di cuenta de que de lo que allí se trataba principalmente, entre las más o menos encantadoras mascaritas, era de vender, de cuadruplicar el precio de la femenina mercancía, que de ordinario, sin los colorines del disfraz, se deprecia o se cotiza a un precio muy modestito.

Abundaban, pues, las prostitutas, lo mereenario, venciendo a fuerza de descoco, excitando los deseos de los hombres con repugnante impudor, poniendo una nota chabacana en lo que yo hubiese querido que fuera tan sólo el triunfo refulgente del amor, el poema del beso o el madrigal de la carne.

Ciertos detalles, ciertas palabras que oía, exhaladas sin discreción alguna, me horripilaban, y mi presión contra el cuerpo varonil que junto al mío se estrechaba se hacía más vehemente, como buscando refugio en el hombre que creía tener contra su corazón a la novia bien amada...

Porque la aventura se deslizaba magistralmente. Leocadio, encalabrinado, creía hallarse con Irene, Y me prodigaba lindas frases, y se oprimía contra mí amorosamente, e intentaba incendiar mi carne con todos los resortes que la voluptuosidad, para triunfar, pone en los hombres.

Yo, cada vez más entusiasmada, más enardecida y amante, me inclinaba menos a descubrir mi verdadera personalidad, y estaba dispuesta a llegar al final de la aventura, sucediese lo que Dios quisiera.

No perdíamos fox, ni tango, ni vals, ni chotis. Mis piernas, y también las de Leocadio, claro es, parecían de acero.

En uno de los intermedios, como la mayor parte de la gente, fuimos al ambigú.

Y oí la palabra mágica en labios de Leocadio:

—¡Champán!

Era ya, para mí, como un bello, como un mirífico sueño. ¡Sentía un calor en todo mi cuerpo! ¡Tenía unas ganas de ser besada, de ser estrujada, de ser..., qué sé yo!

Bebí con avidez. Y Leocadio, viéndome beber de tal manera, sonreía, misterioso...

—¿Por qué no te quitas la careta?—me dijo de improviso.

Me estremecí. Repuesta vivamente del susto, contesté:

—¿Para qué?

—Para ver tu cara guapa.

—¿No la conoces?

—Sí. Pero me gustaría admirarla.

—¡Hijito! ¿Y si alguien me ve? ¡Figúrate!

Afortunadamente, Leocadio no insistió.

Todo su afán consistía en que bebiese, como él lo hacía, dándome ejemplo. Pero, luego de las primeras copas, que bebí hasta apurarlas, híceme comedida, temiendo vagamente a la embriaguez, que era, sin duda, lo que aquel tunante intentaba provocar en mí para lograr sus preconcebidos propósitos de estupro...

Reanudóse el baile cuando nuestra primer botella de champán daba las últimas boqueadas.

Y tornamos al salón.

Esta vez Leocadio, impulsado por los efectos del champán, mostróse más audaz. Buscó mi boca, que apenas si se le negara, y besó, besó...

Y sus manos eran también más audaces...

Yo no me resistía. ¿No era todo aquello un sueño, una ficción, una sabrosa mentira en la que yo no era yo?

¡Pues allá mi hermana Irene!

Y lo que a lo primero comenzara divirtiéndome, acabó por adueñarse de mi carne y de mi espíritu. Yo era de aquel hombre tanto como Irene hubiera podido serlo, si no más.

¡Le quería! Era mi novio o mi amante. Lo que él quisiera. Era más que todo eso aún: era el ideal, el hombre con el que todas las mujeres sueñan...

Me decía:

—¡Irene! ¡Mi vida! Te quiero con toda mi alma. ¿No lo sientes?

Y yo contestaba, jocosa:

—¡Ya lo creo! Con toda tu alma y con todo tu cuerpo.

Reía. El romanticismo se ahogaba en prosaica naturalidad; pero ¡qué importaba! Cuando triunfa la carne, el romanticismo, casi siempre, suele huir, espantado...

Dije yo:

—Nunca me has querido tanto. ¿Verdad, Leocadio?

—No; aquella noche te quise tanto como ahora, ¿no te acuerdas?

No contesté. No podía contestar, Pedrito de mi corazón. ¿Qué hubiese podido yo decir? ¿De qué fiebres, de qué delicias, de qué momentos de amor o de lo que fuese se hallaría compuesta aquella noche en que Leocadio decía haberme, o, más bien, *haberla* querido tanto?

Me estremecí. Y murmuré entre dientes, celosa, irritada, revolviéndome contra el fantasma aquel, contra la pasada realidad que venía a oponerse a mi halagadora quimera, recordándome que yo no era yo.

—¡Aquella noche!...

—¡Cuánto gocé! ¿No te acuerdas?...

—Sí, sí... ¡Vaya si me acuerdo! ¡Valiente tunantón estás hecho tú!

El rió, rió... Y su risa murió en mi boca en un beso largo, peliculero...

—Pero esta noche, Inés, quiero que sea lo que entonces no fué; quiero...

—¿Eh?

—... ¡quiero que seas mía!

—¿No lo fuí entonces?—aventuré, valiente.

—No. ¡Quiero que seas más mía, que entonces lo fuiste! Verdaderamente mía.

¡Diablo! ¿Qué pasó entonces? Y, sobre todo, ¿qué pretendía aquel pícaro que pasase ahora?

Créeme, Pedrito de mi corazón, que pensando así, haciéndome tales interrogaciones, no sentía el menor miedo, sino una gran incertidumbre mezclada con una enorme curiosidad que me entregaba atada de pies y manos a la estupenda, a la original, a la inaudita aventura.

Otro descanso. Y otra botella de champán.

No tenía miedo a los abrazos de Leocadio, ni a sus besos eléctricos, ni a sus ardientes frases, ni a sus envolventes y sugeridoras evocaciones; pero sí al champán. Al champán le tenía un miedo loco. Porque, en medio de todo, me preocupaba la idea de salir airosa de aquella aventura y despertar del mirífico sueño en mi camita de soltera a la hora en que todo el mundo, con el nuevo día, en casa se despierta.

Leocadio insistía:

—Pero ¡qué poquísimo bebes, ángel de mi vida! ¡Otro sorbito, mujer! Mira, así, como yo.

Y apuraba la copa.

Yo no hacía más que humedecer en ella los labios, bebiendo como un pajarito.

Con lo que la segunda botella, menos el contenido de poco más de una copa, se la bebió mi adorador, dando lecciones.

¡Y otra vez al baile!

Ahora ya la desatada lujuria de Leocadio se transformó en vendaval, siguiendo el ritmo común, que a medida que la noche moría y el alba se acercaba tomaba caracteres de bacanal.

Dije, asustada:

—¿Por qué no nos vamos ya?

El recibió la insinuación con alegría.

Contestó:

—Sí. ¿Por qué no nos vamos ya?

Me besó, me besó, me besó...

Y, a poco, creyéndome vencida, suya enteramente, abandonamos la Zarzuela.

Un taxi. ¡Allí por poco Leocadio me devora! Y lo más extraordinario y providencial para mí fué que en su enardecimiento no se le ocurría despojarme de la careta, que evidentemente era un obstáculo para sus labios, ya desbordados.

El auto se detuvo.

Mis vestidos se hallaban en desorden, como los de una violada. Los arreglé como pude y descendí del vehículo.

Leocadio pagó torpemente al chófer.

Y nos hundimos en el portal abierto de la casa ante la que al auto se detuviera.

Un piso, dos...

Yo no protestaba, ni me resistía.

¿No te he dicho, Pedrito de mis pecados, que todo aquello no era para mí sino un lindo sueño?

Penetramos en el interior de la casa aquella.

Un cuarto, y en él, un lecho, un espejo, una mesilla de noche, un diván, un lavabo... ¿Qué más había allí? ¡Ah, sí! Un silencio terrible en que toda yo temblé. ¡A poco más abandono mi ensueño! ¡Y buena se hubiese armado entonces!

Leocadio se abrazó a mí perdidamente, balbuciente, intentando derribarme sobre el lecho.

Entonces di un grito y la luz se apagó.

¿Por qué se apagó la luz? Hay cosas providenciales, Pedrito. Aquello, tan absurdo, tan casual, tan de novela truculenta, no me lo he explicado nunca. ¿Por qué se apagó la luz con tanta oportunidad?

Las manos de Leocadio bucearon en mi cuerpo.

Grité otra vez.

No esperes, Pedrito, que te diga ahora que la luz volvió a encenderse ante el conjuro de mi voz. La luz siguió apagada, porque, indudablemente, por una de esas muchas casualidades que hay en el mundo, la bombilla se había fundido en un preciso momento que coincidía con un suceso para mí trascendental, pero perfectamente corriente, banal y sin relación en el curso de la vida...

Leocadio, de improviso, se apartó de mí y se fué hacia el diván.

¿Comenzó a desnudarse?

No lo sabía yo. El caso fué que pasó un buen momento, y que, al cabo de ese tiempo, con gran asombro mío, que no acertaba a adoptar resolución alguna, oí sollozar a Leocadio.

Alarmada, pregunté, incorporándome en el lecho:

—¿Qué te pasa, hombre?

—Nada..., nada...—hipó mi novio postizo.

Y como yo insistiera, presta a ir hacia él, confesó al fin Leocadio:

—¡Nada; no me pasa nada! ¡Sino que me he emborrachado bestialmente!... Y aunque nunca te lo he dicho, ¡soy casado, Irene! ¡Soy casado!

Desperté, Pedrito, desperté. Desperté de mi ensueño y me quedé sin fuerzas para nada.

¿Cuánto tiempo permanecí inmóvil como una estatua?

No sé. De pronto oí un ronquido, un prolongado ronquido...

Comprendí. Sobreponiéndome a lo comprometido de mi situación, lancé una carcajada. Y animosamente me dispuse a largarme de allí, dejando a Leocadio descansar, cosa que, como puedes figurarte, me fué sencillísima.

Y el alba nacía cuando me reintegré a mi camita de soltera tan virgen como de mi casa saliera, luego de haber vivido una estupenda aventura de Carnaval.





ESTO que voy a contarte ahora, Pedrito bien amado, sucedió en una riente tarde de abril, dos meses después de la aventura carnavalina que acabo de narrarte.

Ni Remedios ni Asunción, mis hermanas, habían querido salir de paseo, a pesar de mis reiteradas invitaciones. Y a mí me pedía el cuerpo callecita.

Salí, pues, sola y sin rumbo. A tomar el sol, a respirar el aire tibio de la primavera, que oreaba la sangre como una caricia de amor.

Al pasar junto al Retiro me vino la idea de penetrar en él. Y así lo hice, paseando despaciosa ante el estanque, recreándome en la animación que allí reinaba...

Fué en aquel lugar donde me di cuenta de que era seguida, de que un obstinado galán maripo-

seaba a mi alrededor con cierta discreción, como si quisiera pasar inadvertido.

Era muy joven. No más de veinte años. Y de aspecto elegante.

La conquista no me disgustaba. Y mucho menos en aquella ocasión, en que ya comenzaba a pesarme mi soledad.

Le sonreí inconscientemente, con vaguedad, para darle ánimos, porque no hay cosa más sosa que un hombre que sigue y sigue a una mujer sin decidirse a aproximarse a ella, hasta que acaba de desaparecer como voluble mariposa que no ha sabido dónde posarse.

Entonces él se acercó un poquitín más, me miró con insinuante mirada y pareció esperar... ¡qué sé yo! Sin duda que le pidiese relaciones, ¡porque hay hombres más tontos!...

Apreté el paso, un tanto llena de malhumor por semejante bobada. Entonces él, como avergonzado de su torpeza, se me aproximó decididamente y me dijo:

—¿Se la puede decir a usted que es muy bonita?

—Usted verá. Desde el momento en que no es usted mudo...

Rió.

—Y, además, graciosa, porque ya no me cabe duda de que tiene usted mucha gracia.

—¡Ah! ¿Sí? Pues usted no me hace a mí ninguna.

En fin, Pedrito, ya conoces tú demasiado lo que son estos cursilitos y manoseados preliminares de unas amorosas relaciones.

Al cuarto de hora de comenzado el diálogo éramos ya muy buenos amigos. Y fué entonces cuando se me ocurrió una de mis geniales fantasías, un caprichito o como tú quieras llamarlo.

Decía él:

—Yo por usted lo daría todo y la seguiría hasta el fin del mundo.

La frase no podía ser más banal. ¡Cuántas veces se habrá dicho! ¡Cuántas las infelices mujeres la habrán oído con más o menos inflamado acento o engolada voz!

Yo me serví de ella para bordar sobre su expresión con la seda de mi fantasía:

—¿Quiere usted darme algo a cuenta de lo mucho que me promete?

—Pida.

—Lléveme a merendar a la Cuesta de las Perdices.

Le dejé patidifuso.

Y, ¡oh mágica frase!, desde el histórico momento en que mis labios la pronunciaron, mi conquistador comenzó a tutearme...

¡La Cuesta de las Perdices! Yo no sabía qué era *eso*. Me pasaba lo mismo que me había sucedido con el baile de máscaras. Sentía curiosidad por conocer la Cuesta de las Perdices. Se la señalaba en Madrid como meta de los placeres,

como algo sabroso y picaresco, donde se va en auto, se come o se cena bien... y lo demás, esa parte para mí entonces desconocida y que no dejaba de inquietarme.

Hacía ya muchos meses que tenía ganas de saber lo que era la Cuesta de las Perdices, corriendo allí la clásica juerguecita, eludiendo, si posible, claro es, las naturales consecuencias.

Y más de una vez, desde el Parque del Oeste, mis ojos habían ido querenciosos hacia la tan deseada meta de mi caprichito, que parecía ocultar hacia la izquierda la línea del horizonte, y por cuya cinta los autos, como de juguete a tal distancia, corrían, corrían...

Cristino, que así dijo llamarse mi galanteador del Retiro, al escuchar mi proposición se puso muy colorado, encendióse su alma, y estrechando la distancia que nos separaba, que no era grande, ni muchísimo menos, me susurró al oído con estremecido acento:

—¡A la Cuesta de las Perdices y al Paraíso terrenal te llevo yo a ti, ángel del Cielo!

Y me tomó del brazo.

Salimos del Retiro. Mediaba la tarde. ¡Todo se me ofrecía en aquel instante de color de rosa! ¡Oh, la fácil aventura! ¡Cómo me encalabrinaba!

Más tarde he comprendido, Pedrito de mi existencia, que no hay nada comparable con un sosegado y puro amor, como el que yo te tengo, como esa inmensa ternura de que se compone nuestro

cariño. Pero entonces estaba poseída por el ángel malo, por el demonio de la curiosidad, ¡y quería saber, saber y gozar desatinadamente!

Pronto hallamos un auto.

Y, ¡hala, hala, hala!, comenzamos a atravesar Madrid con dirección a la Cuesta de las Perdices.

No será preciso, Pedrito, que te cuente las incidencias del camino. Ya te las supones, ¿verdad? Contactos, besos, abrazos... y demás menudencias. Eran de rigor, amigo mío. Y, dada mi sinceridad, debo declararte que no me desagradaba recibir semejantes caricias de labios y manos de aquel muchacho tan atildadito, tan niño bien, ¡que me llevaba nada menos que a la mirífica Cuesta de las Perdices!

Cuando el auto se detuvo en un enarenado patio, me estremecí de emoción. Descendí del vehículo y miré a uno y otro lado, esperando encontrarme con algo maravilloso, *sui generis*. Nada. Aquello era perfectamente banal. Nos adentramos en el establecimiento y solicitó Cristino un reservado...

Y allí murió mi ilusión.

¿Aquéllo, tan torpe, tan frío, era la famosa «Cuesta de las Perdices»?

Mi vista fué hacia un diván de amplios lomos, paciente y sugeridor, que tal vez hubiese podido contarme divertidísimas historias, congruas aventuras...

Sonreí.

Pero mi sonrisa quedara deshecha apenas el camarero desapareciera con el encargo de la merienda, bajo los apremiantes labios de Cristino.

—¡Déjame, hombre!—le dije, irónica—. ¡Déjame admirar todo esto!

—Aquí no hay nada que admirar. Aquí ya sabe todo el mundo a lo que viene.

—Yo, no—argüí.

—¿No, tontina? ¿De veras? Pues... a esto.

Y me empujó con cierta brusquedad hacia el diván.

Me rebelé. El gesto era bastante torpe, además de que aquello parecía ir demasiado de prisa, y era lo que a mí menos me interesaba de tal aventura.

—¡Déjame, hombre! No seas bárbaro. Vamos a merendar primeramente con calma. Luego, ya veremos...

Y en calma merendamos.

Yo no sabía cómo iba a escapar de semejante comprometida situación, porque Cristino había ido allí con las del «beri» y seguramente no estaría dispuesto a dejarme ir de rositas, pensando quizás en la cuenta que iban a presentarle el chofer que allí nos llevara y el camarero.

Pero merendé con buen apetito, dispuesta a disfrutar de lo único que allí encontrara hasta entonces de mi gusto: una espléndida ración de jamón serrano y una botella de excelente rioja.

Ello entre beso y abrazo, porque el simpático Cristino no dejaba la ida por la venida.

Y cuando la hora grave fué llegada, mi conquistador alzóse en su asiento, y tomándome entre sus brazos, aunque sin alzarme del suelo, porque era yo demasiado peso fuerte para él, me llevó hacia el sofá, dispuesto a hacer en él un poquitín más que Don Juan hiciera con Doña Inés en la escena que Zorrilla inmortalizara.

Yo me encontraba algo aturdida y desazonada, porque, la verdad, no había ido allí con ganas de otorgar la prenda más preciada que puede otorgar una doncella; pero comenzaba a resignarme diciéndome:

—Rosita, no hay más remedio. Algún día te tenía que ocurrir esto a fuerza de desafiar a los hombres y a tu buena estrella. Después de todo, un mes antes o después, puesto que sin duda está escrito que en una de estas andanzas has de resbalar y caer, ¡qué más da!

Las manos de Cristino empezaron a curiosear por mi cuerpo, acariciadoras. Su boca no se apartaba de mis labios sino para iniciar un nuevo asalto...

Cerré los ojos y murmuré para mi conciencia:

—¡Sea lo que sea!

Torpemente Cristino comenzó a poner mi cuerpo al descubierto...

Las pantorrillas, los muslos...

Y ahora, Pedrito sin par, viene lo bueno. Cuan-

do Cristino se dió cuenta de que para penetrar en Jericó érale preciso derribar las murallas, y no al son de la bíblica trompetería precisamente, quedó asombrado.

Me abandonó con espanto y me dijo:

—Pero ¿es que tú, todavía...?

Sonreí angelicalmente.

—Yo suponía que...—siguió balbuciendo.

—Pues... sí—afirmé con la mayor naturalidad.

Mi galán se rajó, contundente y enérgico, exclamando:

—¡Ah, no! ¡Eso, no! Yo no quiero compromisos, ni responsabilidades, ni líos. ¡Yo no he venido aquí... para *eso!*

Rehaciendo mi deshecha *toilètte,* me incorporé triunfal en el diván y repliqué:

—¡Ni yo!

Regresamos a Madrid en el mismo auto que hasta allí nos llevara, con gran desconsuelo de Cristino, que de buena gana me hubiese cambiado por una de tantas banales «mujeres de la Cuesta».

Los hay idiotas, Pedrito guapo.



No creas, Pedrito, que, a juzgar por lo que te voy contando, he sido siempre una muchacha desprovista de todo pudor.

Además de que esto del pudor femenino es una cosa muy circunstancial, he tenido siempre mi almita en mi almario. Y en cierta ocasión...

Pero esto merece punto y aparte, porque es el comienzo de una pequeña aventura que espero habrá de complacerte, no sólo por ser un episodio de la vida de tu Rosita adorada, sino por su propio interés de narración.

Era mayo, una de esas deliciosas mañanas de mayo madrileñas que, en el Retiro o el Parque del Oeste, semejan pequeños paraísos en los que da gusto pasear o leer un ameno libro sentada en un banco, bajo la aún leve sombra de un árbol reverdeciente.

En primavera es cuando más prefiero el Parque

del Oeste. Claro es que en todas las estaciones del año dicho lugar es un incomparable mirador que supera en belleza natural al Retiro, ahogado éste por las edificaciones del centro de la ciudad. Pero, en primavera, el Parque del Oeste cobra una belleza inenarrable y recibe a raudales los perfumados besos—tomillo, jara, mejorana, cantueso—que la Sierra, hembra ya en celo, envía a los madrileños.

Así, aquella mañana de mayo había ido yo al Parque del Oeste y me hallaba plácidamente sentada en un banco de las estribaciones de tal sitio, frente a la cadena de montañas qeu forman el Guadarrama, coronadas aún de nieve.

Leía. Creo que era un tomito de versos del incomparable Rubén...

Yo no me ocupaba de los paseantes que ante mí desfilaban. Ajena a todo, mi espíritu se sumía en las rimas del poeta y en la magnificencia del paisaje, sobre el que, de cuando en cuando, iban mis ojos en caricia.

De improviso un hombre de unos treitna años se me acercó reverencioso, con la sonrisa en los labios, y me dijo:

—Es usted la señorita Mercedes Balbuena, ¿verdad?

La pregunta me arrancó violentamente de mi espiritual ensimismamiento, y durante unos segundos contemplé a aquel hombre con serena tranquilidad.



Sentóse resueltamente a su lado

Como dije, se trataba de un hombre de unos treinta años, pulcramente vestido, con cierto aliño de artista, ojos negros y abundante cabellera, negra también. Se hallaba completamente rasurado, y en la sonrisa con que envolviera la interrogación, dejó ver la hilera superior de unos dientes bien alineados, y entre los que, en el lado izquierdo, se destacaba elegantemente la rubia mancha de un diente falso, aurificado...

—¿La señorita Mercedes Balbuena yo? Puede.

Dije esto de una manera inconsciente, sin medir el alcance de mi confesión, sin comprender en el primer instante lo que semejante declaración podría acarrearme. Seguidamente me puse muy colorada, arrepentida de mis palabras, que de seguro iban a comprometerme. Pero ya estaban dichas y me costaba un trabajo formidable tenerlas que rectificar.

No lo hice. Y ello por dos razones: primera, por lo que acabo de decirte, Pedrito, y segunda, porque ni el hombre ni la aventura que de mi imprudencia pudiera derivarse me disgustaban. ¡Y como yo he sido siempre tan novelera!...

El hombre, al escuchar mis palabras, sentóse resueltamente a mi lado y me dijo:

—Sí. Todo coincide: su rostro, su tipito, la hora y el libro de versos que está usted leyendo. ¿De Rubén? ¡Claro! Ya no hay duda de que es usted la señorita Mercedes Balbuena.

—¿Por qué no habría de serlo?—dije yo.

—¡Naturalmente! Y sobre todo, cuando usted lo declara, encantadora joven.

Ya me urgía saber lo que aquel hombre pretendía o combinara con Mercedes Balbuena.

Y le dije:

—Pues... usted dirá, caballero.

—Ya sabe. Contestó usted a mi anuncio de *El Liberal* ofreciéndoseme como la belleza que yo necesito para modelo del cuadro que pienso hacer para la exposición del próximo Salón de Otoño, y vengo a ver, ya que usted, como debiera haber sucedido, se resiste a ir a mi estudio.

¡Ah! ¡Ya sabía! Ya poco trabajo iba a costarme representar a las mil maravillas mi voluntario papel de Mercedes Balbuena.

Y respiré, aliviada.

Dije, con el mayor aplomo:

—¡Claro! Cuando se trata de una mujer decentísima, ir a casa de un hombre, aun cuando éste sea un artista, comprenderá usted que...

—Pero criatura, ¿qué tiene eso de particular? Además, si cerramos trato, y esto no puede ser si usted no me satisface como modelo, ¿no tendrá usted que ir a mi casa? Y, sobre todo, ¿cree usted que éste es el sitio más indicado para que se quede usted como nuestra madre Eva?

Reí.

Aquel hombre tenía muchísima razón. Y aquella Merceditas Balbuena debía de ser tonta de re-

mate al no discurrir como aquel hombre discurría.

Dije, arreglándola el papelito, que era, por lo visto, muy de niña boba:

—Es verdad. Tiene usted razón. No había pensado en ello. Pero ahora que me lo hace usted comprender, y que ya le conozco, y que ya hay cierta amistad, cierta confianza, y que no tiene usted cara de comerse cruda a la gente...

El pintor lanzó una carcajada.

—Pero, mujercita de mi alma, ¿qué idea se había usted forjado de mí? Además, aun cuando es usted muy linda, sólo he de ver en su cuerpo a la modelo, y en manera alguna a la mujer.

Hice un levísimo mohín de disgusto. No se trataba de una galantería, precisamente. Aquel hombre tal vez me lo decía para no asustarme, para inspirarme confianza; pero yo tenía, como cada hija de vecino, mi amor propio de hembra, y la verdad...

—¿Se enfada usted?—me preguntó, dándose cuenta de mi gesto.

—No. ¿Por qué habría de enfadarme?

—Parecía que mis palabras la habían desagradado.

—Nada de eso.

—Entonces, ¿se halla usted decidida a acompañarme a mi estudio?

—Desde luego. Ahora mismo, si es preciso.

—Perfectamente, pues yo necesito ponerme a trabajar antes de que el verano se meta por medio.

—Pues... me tiene a su disposición.

—Escuche. Si usted me place como modelo, la daré veinticinco pesetas por sesión. Dos horas todas las mañanas. De once a una. ¿Lo encuentra bien?

—Sí. No está mal. Y eso, ¿durará mucho tiempo?

—Un mes; tal vez mes y medio...

—Acepto, sí.

Yo hablaba por hablar, por seguir el hilo de la aventura. No me daba cuenta del alcance de las palabras que estaba cambiando con aquel hombre, y sólo me preocupaba de que aquello siguiese.

El artista, alzándose invitador, me dijo:

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

—Es en la calle de Serrano, como usted sabe.

—Ya, ya.

—Ahí fuera, a la salida del Parque, encontraremos fácilmente un auto que nos lleve hasta allá.

Echamos a andar.

Era ya próximo el mediodía. El sol primaveral cosquilleaba en la sangre.

Suspiré.

¿Por qué no sería aquella una aventura de amor, en vez de un negocio?

Pero sonreí esperanzada. ¡Quién sabía, des-

pués de todo, lo que de aquello habría de resultar!

Un auto, en efecto, a la salida del Parque, como si estuviésenos esperando.

Y en pocos minutos nos presentamos en la calle de Serrano.

Subimos en el ascensor hasta el ático, donde el artista tenía su estudio.

Y cuando nos hallamos en el interior:

—Señorita, aquí tiene usted su casa. Puede desnudarse cuando guste. Ahí, detrás de ese biombo.

¿Qué pasó entonces por mí?

¿Por qué mi rostro enrojeció como el de una colegiala ante una desvergüenza?

El caso fué que me quedé mirando a aquel hombre, llena de espanto.

—¿Desnudarme?—pregunté confusa.

—¡Claro!

¡Ah, no! Yo no podría desnudarme detrás del biombo que ante mí se hallaba y presentarme luego, como mi mamaíta me echara al mundo, ante aquel hombre. Yo no podría, aun cuando me ofreciese todo el oro del mundo.

Todo... menos eso.

¿Por qué tal ramalazo de pudor?

No podía explicármelo, ni lo intentaba. No he logrado explicármelo nunca. Yo, la audaz, la capaz de qué sé yo cuántos horrores, no podía ofrecer fríamente mi cuerpo a la mirada de aquel hombre, que me contemplaba ya con cierto asombro, expectante...

—¡No!—dije con desfallecido acento.

—¿Cómo?

—Que no me desnudo.

—Entonces, ¿por qué vino usted aquí?

—No sé...

Brotó una lágrima en mis ojos.

Y volví a murmurar:

—No sé...

El callaba. Hice un movimiento de retirada, que prestamente contuve. ¡Era el caso, Pedrito mío, que yo no acertaba a marcharme de allí!

Y salió de mí la cosa horrible de esta manera, sin saber cómo:

—Desnudarme, no. ¡Si siquiera fuese... *lo otro!*

La sorpresa de aquel hombre no tuvo límite.

Se me aproximó, me tomó entre sus brazos, y, luego de contemplarme de un modo indefinible, con deseo, con amor, con yo no sé qué extraño sentimiento, se apartó de mí murmurando fríamente:

—No me conviene usted.

¡Qué vergüenza, Pedrito de mi alma, experimenté en aquel instante! ¡Qué vergüenza y qué rabia! Las mayores de mi vida.

Salí...

Lo que te voy a contar ahora, Pedrito, vida mía, sucedió no ya en Madrid, sino allá en mi pueblín de Asturias, donde existe ese magnífico paseo que lleva el nombre del santo varón al cual tú debes el tuyo.

Fué el verano antes de trasladarme con mi familia a Madrid, y acababa de cumplir diez y ocho primaveras.

¡Estaba yo entonces!...

Y ello sucedió en una tarde de muchísimo calor.

Varias amigas y yo decidimos ir a bañarnos. Eramos cuatro en total; todas jóvenes y guapas.

Aprovechamos que era la hora de la siesta y que la playa de las algas, la más pequeñita, la casi siempre desierta, por lo retirada que se halla del pueblo, debía de hallarse en semejante hora completamente sola.

La tarde era calurosa, como ya te dije al principio, y el sol picaba de lo lindo. El mar se hallaba tranquilo, sumido en un dulce rumor, como si también él sesteara.

Y no había nadie en la playa de las algas, efectivamente, cuando nosotras llegamos a ella.

Nos desnudamos honestísimamente en una cueva propicia y nos endosamos nuestros respectivos *maillots*, con los que puedes creerme, picaresco amiguito, que estábamos deliciosísimas.

Jugueteamos, retozonas, sobre la arena de la playina antes de zambullirnos en el mar acogedor, durante unos cuantos minutos, y, por fin, nos dirigimos al encuentro de las olas.

¡Y hala, mar adentro! Claro es que sin alejarnos demasiado de la costa.

Nos perseguíamos unas a otras, como ondinas juguetonas, y lanzábamos gritos de alegre juventud, que hacían desviarse en su rumbo a las gaviotas que junto a nosotras pasaban.

Yo no sé cómo, embriagada de inmensidad, me alejé del grupo de mis compañeras y me adentré un poco más en el mar, confiada en mi pericia de buena nadadora.

Y no me cuidé ya de mis amigas, sino que nadaba y nadaba como una náyade.

De pronto oí, cada vez más perceptible, el ruido que producía una motora, que parecía salirme al encuentro. La reconocí a poco, así como a su

único tripulante: era la *Ana María,* y Pepe Buitrago, su patrón.

Pepe Buitrago, uno de los mozos más pinturerítos de mi pueblo, me había dirigido en más de una ocasión fervorosos requiebros, que yo desdeñara, y ponía un gran empeño en rendirme, como a tantas otras rindiera.

Como digo, la motora parecía venir hacia mí, y así era, en efecto.

A medida que se me iba aproximando, su velocidad disminuía. Pepe Buitrago, sin duda, se había dado cuenta de mi presencia en el mar y quería contemplarme a placer.

Pero no me había reconocido. Tan solo cuando se encontró a media docena de brazadas de mí lanzó una exclamación de reconocimiento.

—¡Rosita! ¡Rosita! ¡Anda, muchacha, si resulta que eres tú!

Exclamaba, satisfecho.

Paró la barca lo más junto a mí que le fué posible, y comenzó a dirigirme frases galantes.

Yo quise alejarme, pero él me persiguió.

Le dije:

—Pero ¿quieres dejarme en paz y seguir con tu motora? ¡Hasta aquí has de perseguirme!

Rió el mozo; y seducido, sin duda, por la idea que le asaltara, me dijo:

—He de perseguirte y he de atraparte, porque una sirenita tan encantadora como tú no se pesca todos los días.

Y puso en acción sus palabras.

Yo quise escaparle, un tanto atemorizada, aun cuando el juego aquel no me disgustaba del todo; pero la lucha era imposible. De pronto, en un ímpetu audaz, Pepe Buitrago, cuando ya se hallaba muy cerca de mí, inclinóse hacia el mar y logró asirme.

Yo di un grito.

Sin saber cómo, en el espacio de un segundo me vi izada y depositada sobre la barca.

Frente a mí el mozo, satisfecho de su victoria y recreándose en mi cuerpo, sonreía...

Yo, furiosa, le increpé e intenté lanzarme al mar. El me lo impidió hábilmente.

Dijo:

—La libertad por un beso. Eso tan sólo te pido.

—No.

—Pues te tendré entonces en la barca cuanto me plazca, recreándome en tu belleza.

—Haz lo que quieras.

Entonces intentó besarme a la fuerza. Yo me resistí fieramente. Y de improviso, sin saber cómo, en un falso movimiento, el mozo cayó al agua.

Rápida, puse en marcha la motora e intenté alejarme de aquel lugar, poniendo rumbo a la playa, en la que mis compañeras se hallaban.

Pepe Buitrago, que, sin duda, no era sino un mediano nadador, imploró entonces con desgarrado acento:

—Rosita, ¡sálvame! y te juro que seré siempre para ti el más respetuoso de los hombres.

Tuve lástima y miedo, además de que aquel hombre pereciera por mi culpa.

Y aproximé a él la barca.

Una vez en ella, Pepe Buitrago me pidió humildemente perdón. Yo, enternecida, tuve entonces uno de mis rasgos, diciéndole:

—¡Bésame ahora!

El no se atrevía.

—¡Bésame!—le dije de nuevo.

Entonces él me tomó la mano y se la aproximó a los labios, férvida, castamente.

¿Qué sentí yo? No sé. Recuerdo vagamente que, aun sin saber de una manera profunda lo que mi gesto significaba, en aquel momento me hubiese entregado a aquel hombre.

Le besé, enloquecida, en la boca con un gran beso de pasión.

Pero tal vez no penetrara mi beso en su sangre, helada por el chapuzón, por cuanto sus labios devolvieron tibiamente mi cálida caricia...

Aquel hombre, si hubiera querido aprovecharse, hubiese sido el primero que me habría tomado.



EDRITO, lo que voy ahora a referirte, quizás te parezca algo fantástico. Yo estoy segura de que si te lo contara otra mujer que no fuese la peponcita de tus pensamientos, no se lo creerías. Mas yo te juro, a pesar de no haberte mentido más que una sola vez, que esto es absolutamente cierto, y no he de poner en mi relato la menor exageración.

Yo estaba ya más que harta de que me martillearan la cabeza uno y otro día, durante semanas enteras, con aquello de

Madre, cómprame un negro,
cómprame un negro para bailar...

¡Y acabé por querer yo también un negro, como la niña de la canción, y no para bailar, precisamente!

Y cuando yo quiero alguna cosa, Pedrito, aun cuando ésta sea un negro... ¡la tengo!

Sí; una noche de insomnio, dando vueltas en la soledad de mi lecho de solterita, pensé, recordando la canción de marras:

—¡Hombre, no estaría mal un negrito! ¡Sobre todo, en este momento me está haciendo la mar de falta! ¡Y qué lindo contraste harían nuestros dos cuerpos! ¡Oh! ¡Sería cosa digna de verse!

Acabó por entusiasmarme la idea. Yo necesitaba a toda costa establecer el carnal contraste, sentir junto al mío el cuerpo de ébano de un negro perfectamente auténtico; oír sus frases de amor y de deseo, percibir sus caricias, sufrir su asalto definitivo, que sería una cosa bomba, ¡porque hay que ver lo que debe de ser un negro cuando se pone... negro!

Ahora que encontrar en Madrid un negro de la noche a la mañana no es cosa fácil. Como no se vaya a buscarle expresamente a alguno de esos escasos *jazz,* donde actúan, con peligro siempre de que le den a una gato por liebre, no hay modo de encontrar un negro prontamente en la villa del oso y del madroño.

Así que fueron pasando los días, y yo no me tropezaba con el negro de mis ansias.

Y era el caso que, cada vez tenía más deseos de conseguir mi capricho. ¡Yo quería un negro, costase lo que costase! Y un negro tuve al fin,

Pedrito, porque la casualidad, esa damita tan casquivana, que siempre me tratara con predilecta complacencia, puso un negrito en mi camino.

¡Y qué negrito!

Sucedió del siguiente modo:

Iba yo paseando por la Dehesa de la Villa, acompañada de mi hermana Remedios, cuando, de pronto, llamó mi atención la silueta de un hombre, tendido bajo un árbol. Como movida por un presentimiento, me aproximé al que parecía dormitar. Y no pude contener el grito de alegría que se me escapara. ¡Aquello era un negro, un negro auténtico, como recién traidito de la propia Jamaica y depositado allí para que yo le estrechase entre mis brazos!

Me aproximé cuanto pude al objeto de mis ansias y pude comprobar que, en efecto, dormía. Estaba tan lindo, con sus cabellos negros y ensortijados y sus pronunciados morritos, entre los que resaltaban unos dientes tan blanquísimos como puedan ser los míos, que, no pudiendo contener mi admiración, exclamé:

—¡Qué precioso es, Remedios! ¡Yo le doy un beso ahora mismo!

Gracias a que mi hermana logró contenerme, que, si no, como lo dije lo hubiese hecho.

Me contenté con contemplar al negrito durante un largo instante, pasado el cual dije a Remedios:

—Yo no dejo perder esta ocasión. A mí este

negrito no se me escapa. ¡Me quedo aquí hasta que se despierte!

Y, tendiéndome junto a él, exclamé, alegremente:

—¡Menuda sorpresa se va a llevar!

Remedios había acabado ya por convencerse, en aquella época, de que cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza, no hay quien me la quite. Y me dejó hacer, resignada, poniéndose a mi lado, en espera también de que el negrito se despertara.

Pasó bastante rato. Yo no hacía más que contemplarle, imaginándome lo que habría de suceder cuando el negro aquel se despertase, y resuelta a sacar de aquella aventura el mayor jugo posible.

El negrito era muy joven. No más de veinte años tendría. Entre los de su raza, indudablemente, debía de pasar por un hombre guapo.

No sé por qué se me figuró que se hallaba sumido en un seductor sueño erótico...

Al fin, el negro abrió los ojos...

Nada más encontrarse su mirada con mi rostro, se incorporó vivamente, pero sin gran asombro, como si el sueño en que yo le creía sumido se transformara de un modo naturalísimo en rotunda realidad.

Yo no me inmuté, sino que, por el contrario, sonriéndole de una manera arrebatadora, le dije:

—¿Con quién soñabas, negrito? ¿Con una blanca o con una negra?

Pero el negrito, a pesar de su extremada juventud, debía de ser hombre de mundo, por cuanto me dijo, sin apenas reponerse de la sorpresa que mi presencia le ocasionara:

—Soñaba contigo.

—¿Eh?

—Te adiviné en sueños, y no me ha extrañado que, al despertar, estuvieses a mi lado.

—Fíjate en que somos dos, negrito...

Sin cortarse, el muchacho sonrió a Remedios gentilmente, para hacerse perdonar la frase despectiva que iba a pronunciar, y dijo:

—Sí, pero esa no se cuenta.

La tarde iba muriendo. Poco a poco las sombras comenzaban a espesarse.

Llena de una honda ternura, murmuré:

—¿Me quieres, negrito?

El rodeó mi cuello con su brazo derecho, y quiso llevar mi boca a sus labios. Sus ojos brillaban extrañamente. Sus dientes de nieve mostrábanse en una doble hilera de impecable factura...

—No, negrito. Ten calma. No ha llegado aún para nosotros la hora del amor a todo tren...

El rió.

Y me dijo:

—Déjame acariciarte; déjame besarte, tan sólo...

Y fueron sus labios sobre mi boca.

Fué un beso áspero, un beso extraño, que removiera mi sangre y que me hiciera echar la cabeza atrás, como vencida. El primer beso que

me diera aquel negrito quedará siempre grabado en mi imaginación, en mi carne, como un pasional tatuaje. ¿Dónde diablos aprendiera aquel muchacho a besar de semejante modo?...

—¿De dónde vienes, negrito?—le pregunté.

—Vengo de París. Vivía con una célebre actriz. Cansado de ser su esclavo, me vine a España. Llegué ayer. Busco colocación. No creo que me será difícil hallarla, porque, como ves, hablo bien el español. Nací en Cuba...

No acertaba el negrito a separar su rostro del mío, seducido por la suavidad de mi piel, sin duda.

Y pensé:

—¡Qué bonito cuadro debemos de componer! ¡Lástima no tener ahora delante un espejo!

Remedios nos contemplaba sonriente, divertida sin duda con la original escena, en la que no veía peligro alguno, de acuerdo, tal vez, con el prejuicio de muchos blancos, que se creen lo más extra de la humanidad, que un negro no tiene importancia.

Pero yo pronto pude darme cuenta de que sí la tenía, cuando el cubanito, abandonando mi cuello, por otros más recónditos lugares, intentara despertar mi voluptuosidad...

Protesté vivamente, juzgando el gesto demasiado prematuro y atrevido:

—¡No, no, Panchito! ¡Eso no! ¡Caramba!

El negro rió.

Y rectificóme:

—¡Pero si yo no me llamo Pancho, preciosa! ¡Si mi nombre es de lo más madrileño que darse puede!

¿A que, a pesar de todas las apariencias, aquel negrito iba a resultar chamberilero?

—Pues, ¿cómo te llamas?

—¿Cómo crees tú?

—¡Qué sé yo!

—Pues ¡Nicomedes!

—¡Anda la vérdiga!—exclamé, tronchándome de risa, en lo que me acompañó mi hermana Remedios, cada vez más divertida con la aventura.

El negro también reía. ¡Era, sin duda alguna, un negrito de muy buena madera!

Volvió a abrazarme, sin que yo le rechazara, pues siempre he creído que un abrazo o un beso, por lo mismo que son al descubierto, comprometen menos que lo demás, mientras yo le decía:

—Bueno; tú te llamarás Nicomedes o Anacleto, como sea; pero yo voy a llamarte Panchito, porque así me gusta más.

—Bien, reina. Llámame como a ti te dé la gana.

¡Oh, aquellos besos que cambiara con el negro en la Dehesa de la Villa, Pedrito! ¡Por siempre irán en mi carne y, perdóname, ni los tuyos, tan sabios, tan sabrosos, tan delicados, tan llenos de amor y de ternura lograrán borrarlos!

Pronto las sombras llegaron a su suprema ne-

grura. La luna, por lo visto, andaba de ronda en otro mundo. Y claro, Pedrito, cuando todo es negro, ¿en qué se diferencia un ídem de un blanco o de un nipón?

Acabé por hartarme de negruras y propuse:

—¿No te parece, Panchito de mi vida, que debíamos regresar ya a Madrid?

—A mí lo mismo me da—me contestó el negrito, como si estuviese dispuesto a pasarse allí la noche.

—¡Claro! Lo supongo. ¡Te creerás que te encuentras en la pampa!...

Abandonamos la Dehesa de la Villa. Una vez en los Cuatro Caminos, Remedios y yo nos despedimos del negrito.

Le dije:

—Mañana, Panchito de mi existencia, nos veremos, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Donde tú me digas.

Reflexioné un instante.

Dije al fin:

—Por la tarde, a las seis, espérame en la Puerta del Sol, a la salida del Metro de Gobernación. ¿Sabes dónde es?

—Creo que sí. De todos modos, preguntaré. No tengas cuidado.

Y nos separamos.

¡Qué nochecita pasé, Pedrito de mi vida, pensando en el negro! ¡Qué contenta estaba! ¡Cómo

toda mi sangre ardía, imaginándome las delicias que me esperaban con el negrito!

Porque, en mi entusiasmo, estaba dispuesta a todo. Lo que ningún blanco, hasta entonces había conseguido de mí, iba a lograrlo el negro aquel, que, con sus besos infernales, había llegado a incendiar mi carne como nadie la incendiara.

¡Valía la pena de abandonar mi doncellez entre los brazos de aquel cuerpo, joven y de ébano, que prometía maravillas!

Al día siguiente, poco antes de las seis, me encontraba ya en el lugar de la cita, dispuesta a no regatear mis encantos al estupendo negrito.

En cuanto nos reunimos, le dije:

—¿Adónde vamos, Panchito?

Sonriente y picaresco, me contestó.

—A la Dehesa de la Villa.

Solté una estruendosa carcajada.

—¿A la Dehesa de la Villa, negrito? ¡Pero, hombre, cuando te pones a idear un plan cañón, te quedas solo! ¿Es eso todo lo que se te ocurre? Mira: llévame a un sitio donde estemos muy solitos y podamos querernos mucho ante un espejo muy grande que refleje nuestra dicha.

Ví estremecerse al negrito y ensombrecerse su rostro, aun cuando esto último te parezca algo difícil en un negro, Pedrito.

¿Por qué? Por el momento, aun cuando me diera cuenta de ello, no pude explicármelo Luego,

sí; luego, Pedrito de mis ansias, todo quedó explicado, como verás más adelante.

—¿Qué te sucede, Panchito?—le dije un tanto asombrada.

—Nada; sino que no sé dónde hallar esa casa que tú anhelas.

¡Claro! Si mi Panchito acababa de llegar a Madrid, lógico era que no supiese hallar propicio un nido de amor, sino al aire libre.

—Yo te guiaré—le dije, recordando cierta discreta casita de la calle de Alcalá...

El negrito se vió, pues, obligado a seguirme.

Iba triste. Me seguía en silencio, como un corderillo que se diese cuenta de que inexorablemente era conducido al Matadero.

Penetramos en la casa, donde yo le condujera, y pedí una habitación.

La sirviente me sonrió, como diciéndome:

—¡Anda, picarona! ¡Que buen bocado te llevas!

Porque el negrito era una cosa muy seria, que más de una caprichosa romana (he oído decir que las romanas son muy caprichosas) me hubiese envidiado.

Una vez a solas en la habitación, dije al negrito:

—Anda, hombre, bésame ahora cuanto quieras. ¡Y desnúdate! Debes de ser precioso!

Y, para animarle, porque el negrito estaba verdaderamente mustio, comencé a desnudarme.

El me contemplaba con arrobo. Y pareció encender su apagado ánimo, al ver surgir mi cuerpo blanco, de armoniosas redondeces...

Le dije, viéndole embobado en la contemplación de mis encantos:

—¡Pero, desnúdate, hombre! ¡No estés así, como un pasmarote! ¿Qué te pasa?

El negro sonrió amargamente, y comenzó a denudarse de mala gana, dirigiéndome, de cuando en cuando, recelosas miradas.

Cuando se halló desnudo enteramente, cubrióse el rostro con las manos y estalló en un gran sollozo.

Entonces, Pedrito, comprendí y vi. Es decir, comprendí al ver...

¡Qué cosa más terrible y desconsoladora! ¡Tan guapo como era aquel negrito!

Suspiré profundamente y comencé a vestirme.

Le dije, misericordiosa:

—Ya podías habérmelo dicho, hombre... y nos hubiésemos ido a la Dehesa de la Villa, como tú querías.

Cuando oigo cantar a una mujer eso de «Cómprame un negro», Pedrito, si es guapa la que lo canta, la sonrío irónica, como queriéndola decir:

—Como sea como el mío, ¡te vas a lucir, preciosa!

OYE, Pedrito de mi corazón, la historia más absurda de mi vida, la más palpitante, la más luminosa para mi alma. Y también la que llevara por vez primera a mí el goce y el dolor de amor... Conocí a Pablo de una manera fantástica, de un modo inesperado.

Un día, Remedios, mi hermana, recibió una carta que decía aproximadamente esto:

«Señorita: Sé que tiene usted gran interés por poseer mi novela titulada *La sirena del Cantábrico*, agotada a poco de ponerse a la venta, y que no pienso reeditar por ahora. Yo tan sólo poseo dos ejemplares. Uno de ellos le pongo a su disposición. Si le parece bien, yo mismo iré a entregárselo, caso de que se digne usted acudir a la «casita de paja» del Parque del Oeste, mañana, a las cuatro de la tarde. Me reconocerá usted fácilmente por llevar en la mano un periódico desplegado.

Efectivamente, mi hermana Remedios había manifestado en diferentes ocasiones a un amigo de Pablo Antúnez, autor de la novela *La sirena del Cantábrico* el interés que tenía por conocer esta obra, cuya acción se desarrollaba en mi querido pueblín asturiano. Y, sin duda, los dos amigos, hablando de ello, dieron origen a la carta que Remedios acababa de recibir.

—¿Qué piensas hacer?—pregunté a Remedios.

—Psche... ¡Qué sé yo!

—Yo iría.

—Tú, ya lo sé. ¡Buena eres!

—Esas cosas me encantan, lo confieso.

—Pues ve tú en mi lugar.

—No me importaría.

Remedios quedóse pensativa, y al cabo de un momento dijo:

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Di.

—Que lo mejor sería que fuésemos las dos.

—¿...?

—Por si las moscas.

Reímos.

—Creo que se trata de un hombre viejo y feo—dijo Remedios.

Me encogí de hombros.

Y quedó decidido que al día siguiente iríamos las dos a recoger la novela al Parque del Oeste, como deseaba el autor de ella, al que mi herma-

na contestó aceptando la cita y anunciándole al propio tiempo que yo la acompañaría.

Y fuímos. Sin ilusión ninguna de mi parte, lo confieso, y tan sólo movida, como Remedios, por el interés de la deseada novela.

Hacía una tarde hermosísima.

—Por lo menos—decía yo en el camino a mi hermana—no hemos de perder el tiempo. A más del libro, habremos dado un hermoso paseo. ¿No te parece?

Cuando llegamos al Parque del Oeste, era poco más de las cuatro de la tarde. Avanzábamos hacia la «casita de paja» sin emoción alguna.

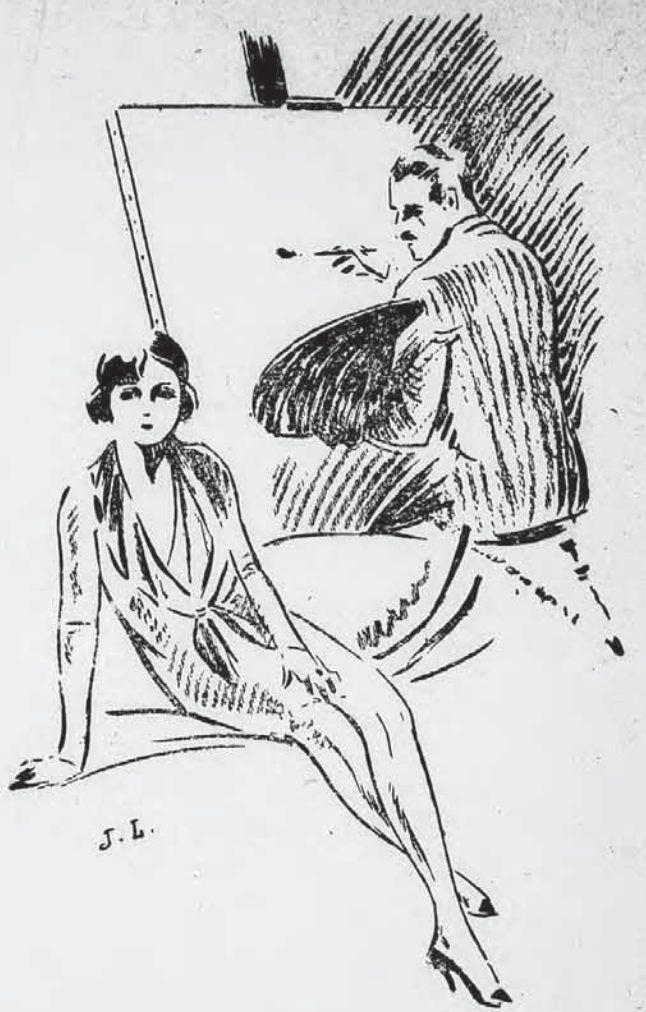
Ibamos a llegar al lugar indicado para la entrevista, cuando, de improviso, un hombre salió a nuestro paso, haciendo ostensible un periódico desplegado, y, sonriendo amablemente, nos dijo:

—Perdonen, jóvenes. ¿Alguna de ustedes es la señorita Remedios Barceló?

Remedios y yo nos contemplamos con cara de asombro. ¿Aquel hombre de porte distinguido, de no más de treinta y cinco años, era el viejo y feo que nosotras supusiéramos?

—Yo soy, en efecto—declaró Remedios, un tanto turbada—; pero usted no será don Pablo Antúnez...

—¿Por qué no? Aquí tienen el periódico convenido... y la novela deseada — dijo sonriente, mostrándonos ambas cosas, al mismo tiempo que se colocaba a mi lado, mientras hacía lo propio



No la convenía servir de modelo

junto a Remedios un agraciado jovencito que, por lo visto, acompañara al novelista y que en aquel preciso momento se unía al grupo que nosotros componíamos.

Pero Remedios y yo no nos dábamos por convencidas. Aquel hombre, a pesar de todo, nos parecía que no era Pablo Antúnez. Y porfiamos, mientras caminábamos lentamente. ¡Llegó a enseñarnos el novelista hasta su cédula!

Pronto el grupo se dividió en dos parejas. Remedios con el amigo del novelista, y Pablo Antúnez y yo.

La charla del novelista y su extraordinaria simpatía pronto hicieron mella en mí. ¿Qué era lo que por vez primera experimentaba yo en mi vida junto a aquel hombre? ¿Por qué sus palabras sonaban tan mágicamente en mi corazón y en mi alma? Le escuchaba con verdadero arrobo, como hasta entonces no escuchara a hombre alguno. Y aun cuando sus manos iban hipócritamente hacia mi cuerpo, en caricia, apenas si me daba cuenta de ello.

Nos sentamos en un banco. La tarde comenzaba a declinar; pero aquel crepúsculo era para mí como una aurora.

Hasta entonces, mi vida había sido como nave sin rumbo, que no sabe cuándo ha de llegar, a qué tierra, ni a qué puerto, yendo de aventura en aventura, sin dejar en ninguna de ellas prendidos mi corazón o mi virginidad.

Ahora...

Decía él:

—Yo he ído hacia usted desde el primer momento, como acero que se estrella irreprimiblemente contra el imán que le atrae. ¿No era usted la señorita Remedios? ¡Qué importaba! Usted... era usted. Es decir, usted era para mí la mujer que mi corazón esperaba, la que mi alma ha guardado uno y otro día, y que llega, al fin, luminosa y buena...

—¡Oh! No es posible. ¿Así? ¿Tan de sopetón?

—¿Por qué no? ¿Se necesita mucho tiempo, acaso, para prendarse de la ternura de sus ojos azules, ventanas a las que se asoma un alma buena? ¿Es preciso más de un minuto para que la mirada, recreándose en usted, se bañe de hermosura, se harte de belleza?

Yo sonreía, halagada. Y sentía por mi cuerpo un dulce, un extraño bienestar.

Nuestras piernas se hallaban juntas, en íntimo contacto, comunicándose recíproco calor, en una fusión de tibieza, en una conjunción carnal de la que yo no me daba cuenta, como si todo mi ser hubiese sido injertado al de aquel hombre para producir el fruto incomparable de un gran amor.

Aquella noche, cuando, sola en el lecho, recapitulé los sucesos del día, para mí no había más que esto: unos ojos pardos que me miraban con infinita dulzura, una voz insinuante que decía pa-

labras líricas como en una linda novela de amor y unas manos que iban hacia mí en caricia, sin que yo me atreviese a rechazarlas. Antes de cerrarse mis ojos, ungidos por el sueño, mis labios murmuraron infinitas veces:

—Pablo, Pablo, Pablo...

Y amé a aquel hombre.

Como nunca había amado. Con un cariño suave, pero profundo, como la corriente de un manantial. Y durante semanas enteras viví en lo maravilloso.

Me daba a leer cuanto escribía. En cierta ocasión le dije:

—No leo tus novelas. ¿Para qué? Oyéndote a ti es como si las estuviese leyendo.

A él le agradó extraordinariamente esta frase. Y decía de mí que yo era un alma encantadora, que, saturada por el amor, no tenía par.

Parecía quererme. Y me quería verdaderamente el hombre aquél. ¡Sí, me quería! Mi corazón no puede engañarme, Pedrito de mi vida, como ahora no me engaña al decirme cuánto tú me quieres.

Y me entregué a él.

No quiero contarte la escena .. Fué algo inenarrable, que nunca, nunca, podré olvidar... ¡Oh, qué gloria de goce en el campo aquél!...

Supo tomarme delicada, poéticamente, sorbo a sorbo, como una bebida deleitosa. Entre flores y besos. Muchas flores y muchos besos, entre los

que la roja flor del sacrificio apenas si delataba mi desdoncellez, plácidamente entregada.

No sufrí. Recuerdo que cuando ya fuí consagrada mujer, esposa, él me dijo:

—Ha sido tu tránsito de virgen a esposa como una ascensión de la tierra a la gloria. Y así, cual en un nuevo divino misterio, rosa que floreciste en mi existencia para dejarla por siempre perfumada, sigues tan inmaculada como antes por obra y gracia del Amor.

Y enloquecí por él, Pedrito.

Yo no podía vivir sin aquel hombre. Mis horas eran suyas. Toda mi imaginación se hallaba por completo poseída por el recuerdo de las horas felices que con él vivía.

Nos veíamos tan sólo un par de horas todos los días. Ibamos por las calles desiertas de Madrid, como dos sombras de amor, para podernos besar constantemente, en un rosario sin fin de besos que caldeaba nuestra sangre, que nos hacía gemir de felicidad.

El me pedía constantemente:

—Una noche, Rosita. ¡Una sola noche de amor contigo! Luego no me importará la muerte...

Pero no me decidía a complacerle. Aun queriéndole mucho, no me atrevía a quebrantar, entre mis hermanas, el respeto que todas a nuestros padres teníamos.

Mas él insistía:

—¡Una noche de amor, Rosita! ¡Que te tenga

yo en mis brazos horas y horas! ¡Que sienta el calor de tu cuerpo junto al mío, en reposo los dos, hartos ya de amor! ¡Que vele tu sueño! ¡Que duerma yo también, y que, al despertar, me encuentre contigo como un don del cielo, como una irrealidad que al fin se transforma en evidencia! ¡Que dejemos de ser amantes, una vez siquiera, para convertirnos en esposos! ¡Que seas mía, como hasta ahora no lo has sido: largamente, diáfanamente, sosegadamente, como un estío que da al fin su fruto!

Y fuí suya así, como él quería, como yo también anhelaba.

Cenamos aquella noche espléndidamente, en un café. Como dos esposos, como una juvenil pareja consagrada por la ley que, fuera del hogar, se permite una cenita extraordinaria.

Y luego, en un ocasional lecho, nos amamos delirantemente.

Jamás mi carne vibrará como entonces. jamás mis labios besaran tanto. ¡Era una locura, una borrachera de amor!

—¡Si te quiero mucho!—le decía yo estrechándole fuertemente contra mi cuerpo hasta el desfallecimiento.

El también me amaba con frenesí.

Recuerdo que le dije:

—¿Me querrás siempre, Pablo?

El se quedó pensativo. Sonrió vagamente y me contestó:

—Siempre, sí. ¿Por qué no? ¡Siempre, Rosita, siempre!

Me dijo, luego de ahitos de amor:

—Duérmete ya, vida mía. Reposa. Yo velaré tu sueño.

Pero yo no podía dormirme. Le besaba y le besaba sin fin, llenos los ojos de lágrimas de dicha.

Se durmió él primero.

¡Era, sin duda, mi amor el más fuerte!

Y fuí yo quien velara su sueño.

Jamás he sentido tan inefable dulzura como en tales horas. ¡Ver dormir al hombre amado! Que todas las mujeres que amen verdaderamente hagan la prueba. No hay nada más puro, más excelso. No es ya tan sólo amante o esposa. ¡Se es también madre!

Al despertar, nos abrazamos con frenesí. Nada descubrió mi corazón en aquel abrazo...

—¿No has dormido?—me preguntó.

—No. He velado tu sueño...

Pablo se sintió conmovido. Y de sus ojos brotaron dos lágrimas de ternura

Yo las sorbí. Eran amargas

Y ahora viene lo inaudito, Pedrito de mi existencia. Ahora viene lo absurdo, lo que estuvo a punto de volverme loca, más que de dolor, de incomprensión.

Y fué que al día siguiente, cuando iba a dirigirme a nuestra cotidiana entrevista, recibí esta lacónica misiva, que jamás olvidaré:

«¿Por qué me mataste ayer Rosita? ¿No comprendías que mi alma no podía tolerar *que tú me amases más que yo*?»

Y nunca más volví a ver a aquel hombre, por más que lo intenté.

Yo soy un alma sencilla, Pedrito mío, y no puedo comprender las lucubraciones de un espíritu complicado. Tú, que tanto leíste y estudiaste y escribiste y observaste en la vida, dime, Pedrito: ¿Por qué me abandonó Pablo? ¿Por qué en el cielo luminoso de nuestro gran amor surgieron las nubes y llenaron mi alma de desolación?



